

Reflexiones

Religión y política internacional. Gaza como síntoma¹

Mariela Cuadro²

- ❖ **Cómo citar este artículo:** Cuadro, M. (2025). Religión y política internacional. Gaza como síntoma. *Relaciones Internacionales*, 34(69).

1. Introducción

El jueves 9 de octubre se alcanzó un alto el fuego en Gaza después de dos años de muertes, mutilaciones, desplazamientos, separaciones, escombros, ruinas, dolor. Lejos queda la paz. Se trata de una pausa que habrá que trabajar con precisión quirúrgica para sostener. Por el momento, el fuego se despeja y de a poco va apareciendo el aire que permite respirar y nos entrega un espacio para pensar.

Hablar de Gaza es extremadamente difícil: hay que buscar el espacio, el marco, el tono y la cadencia necesarios para traspasar esas barreras que se nos levantan cuando escuchamos algo que choca contra nuestras más firmes y enquistadas creencias. Buscar el tono, es decir, buscar los vericuetos por dónde entrar, perforar con la palabra, enlazarnos con el otro.

Y para esto las Ciencias Sociales y las Humanidades -esas dos formas del conocimiento científico tan vilipendiadas últimamente- resultan una buena compañía. Ellas nos entregan técnicas que nos permiten ubicarnos en ese espacio que se forma entre las conversaciones cotidianas, los posicionamientos políticos e ideológicos y el horror o la tragedia. Las Ciencias

¹ Ponencia presentada en el marco de la charla "Judaísmo, Islam y política internacional. Gaza como síntoma" organizada por el Programa Lectura Mundi de la Secretaría de Cultura y Territorio de la Universidad Nacional de San Martín y el Área de Estudios Internacionales de la Escuela de Política y Gobierno de la misma universidad.

² Doctora en Relaciones Internacionales. Miembro del Departamento de Medio Oriente, IRI-UNLP

Sociales y Humanas nos dan un lenguaje para poder conversar. Particularmente, aquí busco poner en funcionamiento las Relaciones Internacionales, la disciplina abocada al estudio de lo internacional.

2. Religión y Relaciones Internacionales

¿Qué rol ocupa la religión en los planteos de la disciplina encargada de estudiar lo internacional? ¿Qué herramientas nos ofrece para pensar la religión? La respuesta es desalentadora: bien pocas. Esto se debe, fundamentalmente, a la base secularista y secularizante de las Relaciones Internacionales³ vinculada con los supuestos etnocéntricos, racionalistas, materialistas y sustancialistas que la sostienen. La historia que cuenta la disciplina sobre el sistema internacional moderno vincula su surgimiento al proceso de secularización que atravesó Europa luego de la Guerra de los Treinta Años (siglo XVII), es decir que para la disciplina encargada de estudiar lo internacional, el sistema internacional moderno nació rechazando la religión como parte de los asuntos públicos y, por lo tanto, como parte de la política internacional.

Esto fue así hasta el 11 de septiembre de 2001.

A partir de ese momento, la disciplina volteó el rostro hacia la religión y buscó incorporarla para explicar los acontecimientos internacionales. En general, esta incorporación no supuso el abandono de sus supuestos occidentalistas. Lo que hizo la disciplina fue considerar a la religión como una variable más dentro del mismo marco epistemológico y ontológico que permaneció invariable. Así, en la mayoría de los casos, se la concibe como un elemento pasible de ser instrumentalizado y se plantea que los distintos actores internacionales (Estados, movimientos políticos, etc.) usan la religión para lograr sus fines racionales y materiales. En otros casos, que incorporan la dimensión identitaria en el análisis de lo internacional, se la piensa como identidad cultural. En este marco aparecen dos formas de concebir las identidades. La mayoritaria las concibe como esencias y, por lo tanto, de manera fija, inmóvil (el ejemplo paradigmático de esta posición lo otorga el texto de Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones*, pero el constructivismo moderado de Wendt también podría ingresar en esta categoría). La minoritaria, por su parte, las piensa de manera dinámica, como prácticas discursivas relacionales ellas mismas y producto de relaciones de poder y de saber y, por lo tanto, constitutivas de los sujetos (es decir, no como algo externo a ellos, sino producto de construcciones sociales y, por lo tanto, inestables, variables y en variación).

3. El Islam y la política internacional

Que la religión haya “regresado” a las Relaciones Internacionales de la mano de los atentados del 11 de septiembre le imprimió otro rasgo a su incorporación disciplinar: en líneas generales fue incorporada dentro de los estudios de la seguridad internacional y el Islam tuvo en ella un carácter central. En efecto, el terrorismo –específicamente el islámico–

³ Al respecto, ver Elizabeth S. Hurd (2008), *The Politics of Secularism in International Relations*, Princeton University Press.

se convirtió en el principal enemigo global a exterminar. Es decir que la violencia internacional se hizo posible, legítima, a partir de la identificación o del trazado de esta amenaza. Esta se estructuró a través de una macro-estrategia que fue la Guerra Global contra el Terror, cuyos inicios están bien claros, pero no así su final: la carta del terrorismo sigue siendo la carta aceptada para cualquier política de exterminio que se quiera llevar a cabo y para cualquier política que suponga el trasvasamiento de las normas internacionales.

En este marco se fortalecieron las categorías de “fundamentalismo islámico”, “islamismo” o “Islam político” para denominar a grupos que combinan una agenda política con una religiosa. La forma en la que se nombra este fenómeno es de relevancia y cada uno de estos términos, surgidos desde Occidente, tiene distintas connotaciones y efectos⁴.

Dicho esto, es posible historizar el islamismo. El Islam resurge como amalgama de identidad política en la región conocida como Medio Oriente en el marco de la caída en desgracia del nacionalismo árabe o panarabismo y en el contexto de la Guerra Fría. En este marco, el panarabismo termina acercándose a la Unión Soviética y surge como reacción o respuesta a él el panislamismo, fundamentalmente, de la mano de Arabia Saudita, aliado de Estados Unidos. Este clima va a coadyuvar a la proliferación de movimientos políticos islámicos cuyo hito más saliente es quizá la Revolución Islámica en Irán que tuvo lugar en 1979⁵.

Este proceso de auge y caída del nacionalismo árabe y emergencia del islamismo afectó a toda la región y también al movimiento palestino. Este se había institucionalizado bajo el nombre de Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en 1964 con una agenda de liberación nacional muy en línea con los movimientos que llevaban adelante los procesos de descolonización de las potencias europeas que tenían lugar en ese momento en el mundo árabe (particularmente, en el norte de África), con el objetivo, en su caso, de liberar la tierra palestina de la ocupación sionista⁶.

La OLP y, fundamentalmente, su partido mayoritario Fatah, hegemonizó el movimiento palestino de liberación sin una oposición que le hiciera sombra hasta el año 1988, año en el que abandonó la lucha armada. Unos meses antes había habido un levantamiento palestino muy importante por su espontaneidad denominado *Intifada* (palabra árabe para levantamiento) que se había producido en reacción a la falta de avances y de éxitos de la OLP. La situación de hecho de los palestinos viviendo en territorio ocupado era cada vez más frustrante: no solo no había ninguna mejora en su situación política, con controles y prohibiciones que crecían cuantitativa y cualitativamente, sino que su situación económica empeoraba y perdían cada vez más territorio y espacios de mucha importancia simbólica para

⁴ Al respecto, ver Guilain Denoux (2002), “The Forgotten Swamp: Navigating Political Islam”, *Middle East Policy* 9, no. 2: 56–81.

⁵ A pesar de la insistencia en construir al Islam como una totalidad homogénea, este no solo está dividido en dos grandes ramas sectarias (sunismo y chiismo), sino que al interior de cada una de ellas existen distintas bases doctrinarias. De allí que los movimientos políticos sostenidos sobre esta diversidad presenten también estrategias, objetivos y formas de relacionarse con el Islam del todo diferentes entre sí.

⁶ El Estado de Israel se había establecido oficialmente en 1948, año en el que, desde la voz sionista, tiene lugar la independencia de Israel y, desde el palestino, la *nakba* (catástrofe).

ellos como Jerusalén oriental (Al-Quds, en árabe) que en 1980 había sido anexada por Israel.

El caso de este lugar resulta paradigmático. Su importancia radica en que es el tercer lugar sagrado del Islam, luego de La Mecca y Medina. En Al-Quds se encuentra la mezquita Al-Aqsa, lugar desde el cual, según *El Corán*, el libro sagrado del Islam, el profeta Muhammad ascendió a los cielos para conocer a Dios. Y además es uno de los centros por los que la derecha radical global está disputando (en su gesta civilizatoria, Trump, Bolsonaro y Milei, por mencionar a los referentes que habitan nuestra cotidianeidad, anunciaron la mudanza de las respectivas embajadas de Tel Aviv a Jerusalén).

Durante la década de los 80s y ante sus sucesivas derrotas, la OLP hizo dos concesiones centrales: abandonó la lucha armada y reconoció el derecho a existir del Estado de Israel en las fronteras previas a la guerra de 1967, es decir que sus objetivos de liberar la totalidad de la tierra palestina pasaron a restringirse ahora a liberar la Franja de Gaza, Cisjordania y Al-Quds. En paralelo, en estos territorios crecía una política de colonización y establecimiento de asentamientos israelíes en territorios palestinos.

4. El Hamas y Gaza

Es en este marco que tuvo lugar la intifada y, en el marco de la intifada, emergió el Hamas.

¿Qué es el Hamas?

Hamas son las siglas en árabe para Movimiento de Resistencia Islámica, el desprendimiento palestino del movimiento de los Hermanos Musulmanes, partido islamista que nació en Egipto en 1928 y que tiene ramas en buena parte del mundo árabe. El Hamas es una agrupación que combina la reivindicación de la liberación del territorio de Palestina (y, en este sentido, es nacionalista) con una identidad islámica que reivindica la islamización de la sociedad. Vino a abrazar la lucha armada en el momento en el que la OLP la abandonaba y vino a reclamar la totalidad del territorio de la Palestina histórica en el momento en que la OLP se bajaba de ese reclamo. De alguna manera, vino a revitalizar la lucha que había planteado la propia OLP en sus inicios. Claro que el contexto era otro y su emergencia no fue bien recibida por la “comunidad internacional”. A esto ayudó bastante lo que se denomina como Carta Fundacional del Hamas, lanzada en 1988 y abarrotada de expresiones anti-judías. Estas expresiones fueron y son leídas aún hoy a la luz de las teorías esencialistas sobre la identidad mencionadas anteriormente e impulsadas por la idea de “fundamentalismo” y continúan siendo consideradas las verdaderas intenciones del grupo. Orientalismo mediante, su carácter islámico genera inmediatas sospechas en el público occidentalizado.

Hamas está formado por distintas facciones con distinto poder al interior de la organización dependiendo del contexto. La facción militar se denomina Al-Qassam en honor a un movimiento lanzado por un sheikh en los años 30s contra la entonces ocupación británica y sionista de la Palestina histórica y es la encargada de las operaciones militares. Otra de las facciones es la política, encargada de las relaciones políticas y de las negociaciones, y otra la sociocultural, encargada de la islamización de la sociedad, centrándose particularmente en el ámbito educativo.

Las posiciones de Hamas en relación al conflicto y a Israel han cambiado a lo largo del

tiempo. Si bien continúa manteniendo la necesidad y el derecho (en el marco de la ocupación israelí) a la lucha armada (buena parte de esta bajo la forma de acciones terroristas), ha tenido posiciones negociadoras, se ha sentado a negociar e incluso se presentó a (y ganó) las elecciones legislativas de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) del año 2006. Eso implicó un reconocimiento cuanto menos tácito de los Acuerdos de Oslo a través de los cuales se planteaba el reconocimiento de Israel por parte de los palestinos. Y esto no es menor en absoluto.

Las elecciones a la ANP tuvieron lugar en el marco de una estrategia de relevancia que tuvo lugar durante la Guerra Global contra el Terror: la democratización de Medio Oriente. Básicamente, desde la administración gobernante en Estados Unidos se leía que el terrorismo era producto de la falta de libertad (equiparada con democracia) en la región y, en ese marco, se propiciaron elecciones democráticas en varios países de Medio Oriente, entre ellos, Arabia Saudita, Egipto y la ANP. Estas últimas fueron minuciosamente monitoreadas por diversos observatorios electorales internacionales: la victoria fue para Hamas de manera incuestionada. Sin embargo, los legisladores electos no pudieron asumir su cargo, puesto que, de manera inmediata, se activó un bloqueo del financiamiento externo del que depende la ANP para sobrevivir liderado por Israel, la Unión Europea, Estados Unidos y algunos países árabes. Fatah acompañó esta medida.

Esto derivó en un golpe de estado por parte de Fatah que llevó a la toma de la Franja de Gaza por parte de Hamas en 2007 (en 2005 Israel había retirado unilateralmente sus asentamientos de la Franja conservando el control de los ingresos y del espacio marítimo y aéreo). Los dos partidos políticos palestinos no pudieron reconciliarse desde entonces. Desde que Hamas gobierna en Gaza hubo distintas intervenciones por parte de Israel sobre el territorio: a fines del 2008 y principios del 2009 la Operación Plomo Fundido (1400 palestinos muertos); en 2012 la Operación Pilar Defensivo que consistió en el asesinato de un líder de Hamas y la respuesta por parte del grupo en forma de cohetes disparados hacia Israel; en 2014 la Operación Margen Protector (2100 palestinos y 73 israelíes muertos); en 2021 un intercambio bélico ligado al cuestionamiento y la defensa del derecho de los musulmanes a rezar en la mezquita de Al-Aqsa (256 palestinos muertos y 13 israelíes). Estos fueron los acontecimientos más resonantes, pero durante estos casi 20 años hubo distintos tipos de intercambios militares entre un lado y el otro por distintas razones.

5. Gaza como síntoma

El último, iniciado por los ataques de Hamas sobre territorio israelí el 7 de octubre que terminaron con la vida de 1200 israelíes, entre ellos, 29 niños, ya lleva más de 2 años y, dada la abismal diferencia de fuerza, más de 67 mil palestinos muertos (estos son los contabilizados), entre ellos casi 20 mil niños, más hambruna, cuerpos amputados y acusaciones cada vez más resonantes y más reales de genocidio. A esto hay que sumar la casi totalidad de la infraestructura de Gaza arrasada, convertida en ruinas. Todo esto en vivo, todo el tiempo en nuestras pantallas, lo cual hace a lo que acontece aún más trágico y deja al desnudo la cada vez más innegable posibilidad de acostumbrarnos a la precariedad de las vidas, a la crueldad, a la deshumanización, al horror.

¿Qué lugar tienen nuestros marcos de inteligibilidad en que esto sea posible? La forma

de comprensión académica y política -y, por lo tanto, también parte del sentido común- de que la religión debe ser entendida como un accidente que se añade o se quita a un individuo sostiene la estrategia hacia esta región del mundo que Occidente (en sus distintas manifestaciones) lleva adelante una y otra vez: intentar exterminar movimientos políticos cuyas identidades se articulan en torno al Islam. Sin embargo, el Islam es parte constitutiva de estos pueblos y por ello constituye un importante movilizador político, formador de identidades, posicionamientos y formas de resistencia. Esto no significa que sea una forma necesaria, pero sí es una forma posible.

Si se quiere formular alguna alternativa a la violencia que propone la derecha radical, empeñada en empuñar desafortadamente el supremacismo occidental en su favor, tenemos que poder repensar también de manera radical nuestros fundamentos epistemológicos y ontológicos que tampoco dejan de dibujar líneas de separación. No disponemos de muchas herramientas para sacudirnos estos supuestos: la fuerza del orientalismo y del occidentalismo nos arrasan. Una de las maneras de desarmarlas es con una historia que intente iluminar también la experiencia de los silenciados, que dé cuenta de la historia del conflicto como una historia de colonialismos superpuestos en la que se tejen relaciones de poder, de violencia y formas de resistencia. No solo para detener la máquina de exterminio que estamos atestiguando, no solo para que de aquí a unos años no nos encontremos lamentándonos de lo mismo, sino para poder empezar a pensar alguna alternativa a esta espiral de violencia y de extrañamiento del otro de la que no estamos pudiendo escapar. Gaza, en este sentido, se conecta con la violencia hacia los migrantes en Estados Unidos, con las palabras de guerra y de deshumanización que pueblan el discurso político en nuestro país, con la invisibilización y el silenciamiento de los pobres, con el racismo que insiste, con la violencia hacia las mujeres, con la represión, con el hambre y también con la indiferencia.